

CAPÍTULO XVIII.

Por qué los escritores y los oradores americanos tienen por lo general un estilo hinchado.

He observado frecuentemente que los americanos, que tratan en general los negocios en un lenguaje claro y seco, desprovisto de adorno alguno y cuya extrema sencillez es muchas veces vulgar, se hacen hinchados cuando toman el estilo poético; entónces se muestran pomposos de un extremo, á otro del discurso, y se creeria, viéndoseles prodigar las imágenes á cada paso, que jamas han dicho nada sencillamente.

Los ingleses caen raras veces en semejante defecto, y la causa se puede indicar con facilidad.

En las sociedades democráticas cada ciudadano se ocupa habitualmente en contemplar un objeto mui pequeño que es él mismo, y si eleva mas la vista, no percibe sino la inmensa imágen de la sociedad, ó la forma todavía mas grande del género humano. No tiene sino ideas mui claras y mui particulares, ó nociones mui generales y vagas; el espacio intermedio está vacío.

Cuando se le ha sacado de sí mismo, aguarda siempre que se ofrezca á su vista algun objeto prodigioso, y solo bajo esta condicion consiente en separarse un momento de los pequeños y complicados cuidados que agitan y encantan su vida.

Esto explica bastante por qué los hombres de las democracias, que tienen en general negocios de poca trascendencia, reclaman de sus poetas concepciones tan vastas y pinturas tan desmesuradas. Por su parte los escritores obedecen casi siempre á estos instintos de que ellos mismos participan; de manera que envanecen su imaginacion incesantemente, y estendiéndola sin límites, la dirigen hácia lo gigantesco, abandonando con frecuencia lo sublime.

De este modo se figuran atraer inmediatamente

las miradas de la multitud, y fijarlas al rededor de sí; lo cual consiguen muchas veces, porque la multitud que no busca en la poesía sino objetos mui vastos, no tiene tiempo para considerar exactamente las proporciones de los que se le presentan, ni gusto bien establecido para conocer en qué consisten sus desproporciones; de manera que el autor y el público se corrompen recíprocamente.

Hemos visto por otra parte, que en los siglos democráticos las fuentes de la poesía eran bellas, pero poco abundantes; así es, que bien pronto se agotan, y no encontrando ya los poetas materia para lo ideal en lo verdadero ni en lo positivo, se separan enteramente de estos principios y crean monstruos.

No temo que la poesía de los pueblos democráticos se muestre tímida, ni que se humille en extremo; pues mas bien rezelo que se perderá á cada instante en las nubes, acabando por pintar regiones enteramente imaginarias. Temo sí, que las obras de los poetas democráticos ofrezcan frecuentemente imágenes inmensas é incoherentes, pinturas sobrecargadas, conjuntos estravagantes, y que los seres fantásticos salidos de su espíritu hagan recordar algunas veces con sentimiento el mundo real.

CAPÍTULO XIX.

Algunas observaciones acerca del teatro en los pueblos democráticos.

Cuando la revolucion que ha cambiado el estado social y politico de un pueblo aristocrático empieza á mostrarse en la literatura, en el teatro es donde se presenta desde luego, y allí permanece siempre visible.

El espectador de una obra dramática es en cierto modo sorprendido por la impresion que se le causa. Él no tiene tiempo de consultar su memoria ni los inteligentes; no se ocupa de combatir los nue-

vos instintos literarios que comienzan á manifestarse en sí mismo, y cede á ellos ántes de conocerlos.

Los autores conocen al instante de qué lado se inclina secretamente el gusto del público, y hácia él dirigen sus obras: las piezas dramáticas, despues de haber hecho descubrir la revolucion literaria que se prepara, acaban mui pronto por ponerla en práctica. El que quiera juzgar anticipadamente de la literatura de un pueblo que se hace democrático, debe estudiar su teatro.

Las piezas de teatro forman en las naciones aristocráticas mismas la porcion mas democrática de la literatura. No hai goce literario mas al alcance del pueblo que el que se experimenta en la escena. Para percibirlo no se necesita preparacion ni estudio, y se siente en medio de las preocupaciones y de la ignorancia. Cuando el amor, apénas formado, por los placeres del espíritu empieza á penetrar en alguna de las clases de los ciudadanos, inmediatamente la dirige al teatro. Los teatros de las naciones aristocráticas están siempre llenos de espectadores que no pertenecen á la aristocracia. Solo en ellos sucede que las clases superiores se mezclen con las medianas y las inferiores, y que consientan, si no en recibir su voto, á lo ménos en sufrir que lo den; y allí es donde los eruditos

y los letrados han tenido siempre mas dificultad en hacer prevalecer su gusto sobre el del pueblo, é impedir ser arrastrados ellos mismos por aquel. El patio hace por lo comun la lei á los palcos. Si le es difícil á una aristocracia impedir al pueblo que asista al teatro, esto mismo hace comprender que la multitud debe reinar allí en jefe, cuando los principios democráticos, penetrando en las leyes y en las costumbres, confundan las clases, acerquen las inteligencias como las fortunas, y la clase superior pierda con sus riquezas hereditarias, su poder, sus tradiciones y sus comodidades.

Los gustos y los instintos naturales de los pueblos democráticos en materia de literatura se manifestarán, pues, desde luego en el teatro, y aun puede preverse que se introducirán allí con violencia. Las leyes literarias de la aristocracia se modificarán poco á poco, y por decirlo así, de una manera legal en todos los escritos, pero en el teatro serán derrocadas por tumultos. El teatro saca á luz la mayor parte de las cualidades y casi todos los vicios inherentes á las literaturas democráticas.

Los pueblos democráticos hacen un mediano aprecio de la erudicion, y no se cuidan de saber á fondo lo que sucedia en Roma y en Aténas: quieren que se les hable de sí mismos y reclaman el cuadro de lo presente.

Cuando los héroes y las costumbres de la antigüedad se reproducen en la escena con frecuencia, y se guarda fidelidad á las tradiciones antiguas, esto basta para inferir que las clases democráticas no dominan en el teatro.

Racine se excusa con mucha humildad en el prefacio de *Britannicus* de haber comprendido á Junia en el número de las vestales, entre las cuales, segun dice Aulu-Gelle, « no se recibia ninguna «jóven ántes de la edad de seis años ni despues de « la de diez. » Puede creerse que si él hubiera escrito en nuestros dias no habria pensado en acusarse ó defenderse de semejante crimen.

Un hecho igual me instruye no solo del estado de la literatura en el tiempo á que se refiere, sino tambien del de la sociedad misma. Un teatro democrático no prueba que la nacion es democrática, pues como acabamos de manifestar, en las aristocracias mismas puede suceder que los gustos democráticos influyan en la escena; pero cuando el espíritu aristocrático reina solo en el teatro, esto mismo demuestra evidentemente que la sociedad entera es aristocrática, y con razon se puede deducir que esa clase erudita y letrada que dirige los autores, domina los ciudadanos y gobierna los negocios.

Es mui raro que los gustos refinados y las incli-

naciones altaneras de la aristocracia cuando gobierna el teatro, no la conduzcan por decirlo así á hacer una eleccion en la naturaleza humana. Ciertas condiciones sociales la interesan principalmente, y se complace en verlas representadas en la escena; ciertas virtudes y aun ciertos vicios le parecen mas dignos de reproducirse; considera por lo mismo mas grato el cuadro de estos objetos y aleja de su vista todos los demas. En el teatro como fuera de él, la aristocracia no quiere jamas encontrar sino grandes señores, y solo los reyes la conmueven. Lo mismo sucede en cuanto al estilo. Una aristocracia impone á los autores dramáticos ciertas maneras de decir, y quiere que todo se diga en este tono. Así es que el teatro llega con frecuencia á no pintar el hombre mas que por un lado, y aun á representar algunas veces lo que no encuentra en la naturaleza humana; pudiéndose decir que se eleva hasta salir de ella misma.

En las sociedades democráticas los espectadores no hacen semejantes preferencias, y dejan ver raras veces tales antipatías; desean encontrar en la escena la mezela confusa de condiciones, de sentimientos y de ideas que se les presentan todos los dias, y entónces el teatro viene á ser mas interesante, mas vulgar y mas verdadero. Sin embargo los que en tiempos democráticos escriben para el

teatro, se separan tambien algunas veces de la naturaleza humana, pero lo hacen por el lado opuesto al de sus antecesores, y á fuerza de querer reproducir minuciosamente las pequeñas singularidades del momento presente y la fisonomía particular de ciertos hombres, se olvidan de trazar los caracteres generales de la especie.

Luego que las clases democráticas reinan en el teatro, introducen tanta libertad en la manera de tratar el asunto, como en la eleccion misma de él.

Siendo el amor del teatro, entre todos los gustos literarios, el mas natural en los pueblos democráticos, el número de autores y el de espectadores, así como el de espectáculos crece sin cesar entre ellos; y una multitud semejante compuesta de elementos tan diversos y estendidos en tan distintos lugares, no puede reconocer las mismas leyes ni someterse á las mismas reglas. Resulta de esto que no puede existir absolutamente conformidad entre tan numerosos jueces, pues no sabiendo el punto en donde encontrarse, dirige cada uno su fallo separadamente. Si el efecto de la democracia es en general hacer dudosas las reglas y las convenciones literarias, en el teatro las anula del todo para sustituir el capricho de cada autor y de cada público.

En el teatro asimismo, es donde se hace ver

principalmente lo que he dicho en otra parte de una manera general, hablando del estilo y del arte en las literaturas democráticas. Cuando se leen las críticas de las obras drámaticas del siglo de Luis XIV, se sorprende uno al ver el gusto tan pronunciado del público por la verosimilitud, y la importancia que daba á que un hombre permaneciendo siempre de acuerdo con él mismo, no hiciese nada que no pudiese ser fácilmente explicado y comprendido.

Tambien es mui sorprendente la importancia que se daba entónces á las formas del lenguaje, y los argumentos de palabras que se hacian á los autores dramáticos.

Parece que los hombres del siglo de Luis XIV daban un valor mui exagerado á esos detalles que se perciben en el gabinete, pero que no se conocen en la escena; pues bien mirado, el principal objeto de una pieza es el ser representada, y su primer mérito el conmover. Esto provenia de que los espectadores de esa época eran al mismo tiempo lectores, y al salir de la representacion aguardaban en su casa al escritor para acabar de juzgarlo.

En las democracias se oyen las piezas de teatro, pero no se leen. La mayor parte de los que asisten á las representaciones teatrales no buscan en ellas los placeres del espíritu, sino las conmociones vivas

del corazón. No esperan encontrar allí una obra de literatura, sino un mero espectáculo, y con tal que el actor hable correctamente la lengua del país para hacerse entender, y que los personajes esciten la curiosidad y despierten las simpatías, están completamente satisfechos; de modo que sin pedir nada más á la ficción, entran muy pronto en el mundo positivo. El estilo es allí ménos necesario, porque en la escena no es tan fácil advertir la inobservancia de sus reglas.

En cuanto á la verosimilitud, es imposible, permaneciendo fiel á ella, ser nuevo, inesperado ni rápido; no hai riesgo ninguno en descuidarla, porque el público la perdona fácilmente, y aun puede creerse que no se fijará en las vías por donde se le conduzca, si al fin se encuentra delante de un objeto que le conmueve. Así, jamás reprobará que se le haya enternecido á despecho de las reglas.

Los americanos dejan ver especialmente estos diversos sentimientos que acabo de describir cuando van al teatro; pero es preciso saber que solo un corto número los frecuenta. Aunque los espectadores y los espectáculos se hayan aumentado prodigiosamente después de cuarenta años en los Estados-Unidos, la población no se entrega todavía á esta especie de recreo sino con una extrema circunspección.

Esto nace de causas particulares que el lector ya conoce, y que basta recordarle en dos palabras. Los puritanos que fundaron las repúblicas americanas no solamente eran enemigos de los placeres, sino que tenían un especial horror al teatro. Le consideraban como una diversión abominable, y mientras reinó solo su espíritu, las representaciones dramáticas eran absolutamente desconocidas entre ellos. Tales opiniones en los primeros padres de la colonia han dejado huellas profundas en el ánimo de sus descendientes.

La extrema regularidad del hábito y la gran rigidez de costumbres que se observa en los Estados-Unidos, han sido hasta ahora poco favorables al desarrollo del arte teatral. Es imposible que haya materia para componer dramas en un país que no ha presenciado grandes catástrofes políticas, y en donde el amor conduce siempre por un camino directo y fácil al matrimonio. Gentes que emplean todos los días de la semana en hacer fortuna y el domingo en rogar á Dios, no se prestan de modo alguno al número de la comedia. Un hecho solo basta para probar que el teatro es poco popular en los Estados-Unidos.

Los americanos, cuyas leyes autorizan la libertad y hasta la licencia de la palabra en todas las cosas, han sometido, sin embargo, los autores dra-

máticos á una especie de censura. Las representaciones dramáticas no pueden tener lugar sino cuando los regidores de la municipalidad las permiten; lo cual manifiesta bien que los pueblos son como los individuos: se entregan sin miramiento á sus principales pasiones, teniendo buen cuidado despues de no dejarse arrastrar por gustos que no conocen.

No hai parte de la literatura mas estrechamente ligada al estado actual de la sociedad que el teatro. El teatro de una época no puede nunca convenir á la que la siga, si una importante revolucion ha cambiado entre las dos las costumbres y las leyes.

No dejan de estudiarse aun los grandes escritores de otros siglos; pero no por eso se asiste á la representacion de las piezas escritas para otro público: los autores dramáticos de los tiempos pasados no existen sino en los libros.

El gusto tradicional de algunos hombres, la vanidad, la moda y el genio de un actor pueden sostener por algun tiempo, ó restablecer un teatro aristocrático en el seno de una democracia; pero mui pronto declinará por sí mismo, pues si bien no se le derriba, se le abandona.

CAPÍTULO XX.

De algunas tendencias particulares de los historiadores de los siglos democráticos.

Los historiadores que escriben en los siglos aristocráticos hacen depender casi todos los acontecimientos de la voluntad particular y del carácter de ciertos hombres, y deducen de los mas mínimos accidentes las revoluciones mas importantes: ellos dan un gran valor á las causas mas pequeñas, y frecuentemente no perciben las mas grandes. Los historiadores que viven en los siglos democráticos demuestran tendencias enteramente opuestas. La